

Gerardo David Curiá

Quebrado azul

(2004)

22 de junio

a Ramón Fanelli

Las nueve y media,
Rivadavia al 4200,
baldosas percutidas,
y un sol perfectamente luminoso.

El viento se aquieta para pesar sobre el espacio
en el punto exacto donde se da el quiebre
entre las baldosas
y el cordón.
Y es en ese instante
cuando nace un retoño de pasto,
casi blanco de frío.

Tiembla,
pleno de riesgos crece
en la humedad de lo quebrado,
muy cerca de un bollo de papel
a un costado de la esquina.

Frágil, el pasto
dibuja una sombra sobre las arrugas del papel
pero el peso del aire lo curva hacia el piso.

La mañana transcurre en la plenitud de los sentidos,
después de todo, alguien limpiará el papel
de ese costado de la esquina.

En plaza Almagro

En plaza Almagro,
sobre el cantero que mira hacia el oeste,
ha nacido una flor entre los perros,
tan cerca de la pezuña oscura de sus patas
que, al fin, la flor existe
sobre el filo de sus sombras
en la tarde.

En el suelo

En el suelo descansa
la paloma muerta.

 Húmedo polvo de smog.

Manchas de luz en el azul opaco.
Tonos de eclipse en el despojo
ceniciento de la carne.

Allí,
donde el tiempo quebrado
está quieto.

Solsticio de invierno en Buenos Aires

La una de la tarde del primer día del invierno,
una mujer se desviste en una habitación oscura y siente frío,
un chico dibuja una línea tosca,
una anciana come una naranja,
y sobre las calles llueve,
corre el viento.

Las manos peludas de un hombre
dibujan el número 100 sobre un papel,
alguien, en alguna parte,
explica la relación entre el teorema de Pitágoras
y un edificio de cemento,
y las plazas que tienen sus bancos vacíos,
y las palomas con su plumaje oscuro, húmedo.

Una madre amamanta a su crío con sus tetas blancas y porosas,
los árboles duermen,
y el viejo que tiene su último recuerdo
mientras el muchachito mira una pelota
al lado de la estufa.

La muerte sabe con la vida un color dulce de gris y de celeste,
el fuego se apaga pero el espacio permanece,
y hay otros que continúan la esperanza y la tristeza.

Todo retorna,
hay tanta luz, hay tanto tiempo
que el silencio es un hueco en el bullicio,
y lo posible no más que la utopía,
un sueño que está por despertarse y cae,
y la caída es libre,
y el viento que sigue soplando en la vereda
con esas gotas de agua helada.
Una verdad y una mentira en la palabra.

Parque Centenario

Parque Centenario
es un círculo imperfecto
donde ha nacido un árbol diagonal
Y en la copa del árbol
amarillos que derivan en blanco
profundo de verdes,
líneas de opaco marrón.
En el centro
quietos nidos de celeste
y más allá
los tonos se confunden
y caen
hacia un carozo de sombras.

Un torrente de luz

Un torrente de luz
atraviesa el verde de las hojas.
Su tibieza toca el aire
y cae sobre el oscuro gris del asfalto vacío,
donde un gorrión permanece quieto sobre el polvo,
junto al cordón de la vereda
que se quiebra en líneas sutiles de verde.
La luz, entonces, extiende su claridad
sobre los troncos viejos de los árboles,
y las largas veredas baldías,
donde una Buenos Aires celeste
descansa su amanecer de octubre.

El significado de un durazno

a Silvia Pastrana

El fruto sólo puede madurar en el día justo,
y es tan frágil que
-con tan sólo rozarlo las sombras de la luna-
se deshace en la apariencia de la muerte;
sin embargo,
en las arrugas del carozo,
esconde la eternidad y la templanza.

Todo depende de la tierra y del tiempo.
La certeza del durazno es tan vasta
y tan lejana
que a veces asusta y no existe.

El espacio y el puño

La mano que se cierra
en una cierta esfericidad de fuerza.
Brazo, línea vertical entre el piso y la altura,
y todo sostiene una bolsa de plástico.

Por debajo o por encima,
la distancia relativa del cartel de venta,
4936-5861
dos ambientes a la calle,
ventanas pequeñas, sin balcón.

La cifra matemática de los pasos o las horas,
la forma geométrica de la distancia,
el contenido exacto de la bolsa,
kilo de carne con paquete de galletitas y caja de té.

Dobla la esquina en el instante del sonido
un celular de hombre que camina rápido
y queda la sombra por lo que duran cinco instantes.

Las cosas perduran por siempre y se pierden.

La preciada rosa

La preciada rosa
de pétalos fulígenos
sólo nace en el desperdicio,
alimenta de basura
la savia secreta
de su perfección,
es una flor extrema
que sólo vive
en el remanso nocturno de la sombra
y en la primera luz
se incendia
hacia otra flor imperceptible
de cenizas.

Los pájaros de la noche

Los pájaros de la noche
son sombras
de las sombras del cielo
que atraviesan el río
en la distancia
y cortan la luna
como líneas de oscuro
que buscan el fin
en su horizonte de penumbras
sobre los vientos de silencio
que pueblan el invierno.

La lata de cerveza

La lata de cerveza está abollada
y se encuentra a 20 centímetros del cordón
que tiene manchas
de goma negra
y tres gotas de verde
nacidas
en una línea del cemento.

Los bordes de la lata
cortantes
son una perpendicular
contra el calor que se concentra
sobre el polvo
donde un gorrión sediento
da pequeños saltos de vacío,
sombras,
en todo el sol que se refleja
a la altura de la rueda de los autos
desde el valle central de la lata
con forma de puño.

Entonces,
simplemente,
el pájaro
oscuro
frente a la rosa de luz
se detiene,
acerca su pico
a la ranura de la lata,
su pecho casi toca
el ardiente asfalto de la tarde,
y bebe.

La pulpa de un pomelo

La pulpa de un pomelo,
una mariposa en el smog,
el sonido de un vidrio que se rompe,
un pedazo de madera vieja,
una mosca,
la distancia vertical de los techos,
los patios baldíos
 y el calor
 como un pozo profundo
donde beber la sed.

Dejó caer el agua

Dejó caer el agua
en el vaso lleno,
entonces,
el aire se derramó por el vidrio
hasta llegar a la madera,
se extendió por el plano de la mesa
hasta formar un charco
que fue siguiendo la leve inclinación de las tablas
hasta llegar al filo
y quedar suspendido
a un metro exacto del nivel del piso
provocando, al fin,
una brisa mínima
que le rozó el cuerpo
mientras él seguía
con la jarra en la mano
sirviendo el agua
dentro del interior cilíndrico del vaso.

El misterio consiste

El misterio consiste
en raspar la cabeza del fósforo
sobre el lateral de la caja
y permitir ese chasquido
que evoluciona hacia un rojo
con toques de amarillo
que deriva en rosado,
y más abajo
un manto de azul sobre la oscuridad seca.
Hacia el aire
pequeñas curvas de gris.

Y todo se concentra sobre su propia fuerza
hasta empequeñecerse en un toque de púrpura
y terminar simplemente en madera quemada.

Eclipse de tierra

Eclipse de tierra,
buques cargados de amantes,
una mariposa sobre el agua.

Dormimos sueños confundidos,
tu pierna reposa en la mía,
mi cabeza en tus senos.

Maremoto de hojas
en el epicentro del ciclón.

Despertaremos
bañados de placer,
limpios en la sal de la transpiración.

Dos cuerpos inocentes
en las sábanas mojadas
respirando el aire fresco
de la mañana nueva.

Comerás en silencio
fruta dulce
y la luz
entrará por la ventana.

Rociadas de anís

Conocí una mujer
color jazmín.
Ella guardaba inviernos
en sus ojos,
y sus palabras
tenían
sabor a cuentas de tabaco
rociadas de anís.

Había tanta ausencia
clavada en su cuerpo
que no pude,
y me abrí el alma,
robé mi propio fuego
y con unos troncos
hice una fogata
para protegernos
del tiempo desolado.

Dos soledades

Dos soledades
que se aman
y han vivido siempre
en esa casa de paredes celestes
comprenden cada gesto del silencio
y esperan que acabe la tarde,
que se enciendan las luces de la calle,
para cocinar una comida simple
con la que terminar el día.

El anciano guarda

El anciano guarda
en cajas de cartón
todos los objetos inservibles
de la casa.
Y los ordena
sobre una estantería
de madera rústica
en una pequeña habitación
que tiene en el fondo del patio.
Espera el cansancio de la tarde,
va hacia la habitación,
enciende la radio,
se queda en silencio
mirando las cajas
hasta que lo atrapa el sueño
en la suave humedad
y su cuerpo rústico
cae sobre la mesa
junto al sonido de la radio
que no escucha.

Ha decidido

Ha decidido vivir
sin atarse a los hombres.
Ahora,
sólo le queda el recuerdo
de placeres conquistados
de machos secretos
y mendiga migajas de ternura
en esas niñas
que su sobrino deja que le cuide
los fines de semana.
Después de todo
ella fue aprendiendo
que la felicidad
es como el viento de la pampa
y arrastra arena en dirección a la distancia.
El secreto está
en tener abiertas
las palmas de las manos.

Un hombre

Un hombre
construye la felicidad
en un patio de baldosas rojas
y a veces
se cansa
de su propio esfuerzo.

Con una cuchara revuelve

Con una cuchara revuelve
el desorden oscuro del café
de las tres de la mañana
y en el otro oscuro
sobre la pared de ladrillo
le duele la espesa soledad
de quien no ha conocido
el amor de una mujer.
Pronto cantarán los gallos
sobre su tristeza
y en el sonido de las aves
limpiará las costras de su soltería.
Quizás,
cuando amanezca
pueda dormir sin demasiados miedos.

En sus ojos

En sus ojos
el agua crece al infinito
como un cristal
donde la luz se parte
en la sombra sin filo
en la que el mundo
es un fruto desnudo
que guarda el secreto
de las semillas del vacío.

Al hombre

Al hombre
le duele la memoria
como una astilla de hueso
de ballena blanca.
Mira la luz
donde las moscas
son
gotas de sombra
suspendidas en el aire.
Cierra después
sus ojos
al caracol de la tristeza
y respira en silencio.

Una mujer

Una mujer
acaricia la cabeza
de los dragones de Comodo
que viven en el traspatio de su casa
cerca del agua,
sin embargo,
no se atreve
a tocar
su propia entraña
donde late la bestia.

El silencio me persigue

El silencio me persigue
con la oscuridad de un toro
y siento el filo de su furia
sobre mis entrañas.
Acaso me anime a mirar
en el fondo de sus ojos,
tal vez,
pueda encontrar las flores del verano
o el sabor del durazno.

Amanece

Amanece
y la luz cae sobre el rocío
en el cuenco de la hoja.

Una gota de sol
en el íntimo verde,
en el silencio.

Y la sabia mineral
en la quietud
con el fuego y la forma
escapa hacia la vida,
existe en el tiempo
sutil
como la brisa entre las piedras.

El celeste, la distancia y el gallo

Un aire celeste y casi blanco,
entonces, el espacio madura
y se abre,
igual hacen las frutas con su pulpa dulce.

El horizonte es un detalle gris
que se evapora
en el mismo segundo en el que un gallo rojo
con pocas plumas negras
se detiene bajo el sol,
observa,
y ni siquiera tiene sombra.

Se queda quieto
y el mundo es inmenso, mas
la quietud del gallo
pareciera ubicarse en el centro de toda la distancia.
Ni siquiera parpadea,
en sus ojos, la oscuridad se contradice
y es una imagen permanente de luz
en la retina.

Instante en que el gallo llega a la hermosura
y es una bestia perpetua
e infinita,
pero el animal
tan completo de vida es atraído por la vida y picotea
un gusano entre los pastos.

Toda la tarde de enero,
todo el calor sobre la pampa.

Los ojos de la vaca

Los ojos de la vaca
como dos pozos
profundos de la noche
miran la luna
en el silencio de los pastos.

Y

ni siquiera el aire
se mueve en la ausencia
hueca de la pampa,
Más allá,
un árbol negro de la sombra.

Sabe el animal

El gato ha caído
en la trampa del hombre.
Atravesado por un hilo de metal
que le corta las entrañas,
se despide de sus amos
en el patio de baldosas rojas
y se va
para buscar su muerte
en el baldío.
Sabe el animal
que morir es un acto solitario.

Las vacas

Las vacas
caminan en fila
junto al alambrado
para entrar en la noche,
en el instante
en que
una luna roja,
al ras de la tierra,
ilumina un celeste que se vuelve azul,
allí
donde las torcazas
vuelan en círculo
y late en el silencio
un tono
de insectos
y en la leve frescura del aire
el mundo se envuelve
en sus sombras.

La gata negra del monte

I

La gata negra del monte
muere desde el lomo
donde agita su furia
una bala roja,
mientras cuatro cachorros
encrespados
enfrentan la sombra.

II

La mano tensa,
la piel del cachorro
y en el aire
el animal rasguña
un desecho de destino
antes de caer
en la húmeda madera

III

Orín,
carne podrida,
huesos raspados,
moscardones oscuros,
en la tensa jaula
donde el felino descansa
su respiración quieta e infinita.

Pueblos sembrados bajo el agua

Pueblos sembrados bajo el agua
Lincoln, Ameghino, General Pinto,
Villegas, América, Pehuajó.
Las vacas se apretujan asustadas
sobre las lomas pantanosas.
Carlos Tejedor, Henderson, Trenque Lauquen,
y continúa lloviendo despacio.
Salliqueló, Tres Lomas, Pellegrini,
y las gaviotas caen en picada
sobre los peces.

Antes,
el trigo crecía entre los médanos
y el viento seco de la arena
hacía llorar los ojos.
Sansinena, Treinta de Agosto, Carhué,
y en el centro de la inundación y la distancia
los naufragos de la pampa
están varados en la tarde gris.

Un viaje en tren, un libro de Cortázar

Un viaje en tren, un libro de Cortázar,
las diez de la noche.
y las historias en suburbios de papel,
de tango y jazz.

La pampa negra en el vidrio de las ventanillas.
Vaivén de pasillo,
conversación de pasajeros,
y la figura gris que pide los boletos.

Una luz que cruza el horizonte.
Sobre la pampa negra en el vidrio de las ventanillas,
sonido del trueno.

El libro que se cierra en la escena inconclusa,
y el guarda de tren, pequeña panza,
corbata sucia y en arrugas,
que marca el pasaje y sigue camino
con su traje ceniciento de tela y de polvo

Las primeras gotas sobre el vidrio de las ventanillas.

La noche que es herida por el disfraz de luces
del mundo urbano que parece llegar,
las sombras de edificios, el horizonte.
Agua y paisaje en el vidrio de las ventanillas,
paisaje hecho de sombras.

Los primeros andenes vacíos
y el tren sigue de largo.
Ahora la luz es permanente
en la noche eléctrica de Buenos Aires
y el frente mojado de los edificios y las plazas empapadas
con rosas y bancos que pasan rápido por la retina de mis ojos.
Agua en el vidrio agua de las ventanillas

La penumbra de Retiro,
galpón gigantesco que se abre sobre las vías
que se cruzan y parecen infinitas.

Agua en vidrio de agua de las ventanillas de agua.
Sonidos de trenes que se repiten y pasan tan cerca.
Agua en el agua, vidrio de agua de las ventanillas aguas.

El tren entra en Retiro,
en los bancos duermen los linyeras
y miran los abandonados.
Bajo despacio del vagón
y sobre el techo sonidos de agua sobre la chapa vieja
y parece que el agua entra por el aire
y uno respira agua mientras cruza

la galería gigante y sale a la ciudad.

Y en Buenos Aires,
agua en las avenidas y en los árboles,
en los edificios cae el agua
y los colores son de agua,
como los autos de agua y sus luces de agua,
en las esquinas agua, semáforos de agua,
vidrieras de agua,
sobre las cosas cae el agua,
pero en verdad el agua cae sobre las aguas.

Hay tempestad de agua en las aguas de las aguas
y yo camino por el agua de asfalto
para esperar un colectivo de agua
y tan poca gente de agua por el agua
que espero solo en la parada de agua
empapado de agua
en las aguas de las aguas.

La noche, el temporal,
y la ciudad de agua en el agua de las aguas.

Plaza Almagro, nueve de la noche

Plaza Almagro,
nueve de la noche de un seis de julio.

Una mujer con arrugas
se sienta en un banco de penumbras,
líneas sobre líneas que se unen.
La línea de la piel que se quiebra
y la del blanco de la helada
en la oscuridad de lo noctámbulo.

También cierto de luz se desplaza en una recta,
desde un farol a dos metros de distancia
y la delgada extensión de las maderas
que conforman el banco.

La mujer se envuelve en una frazada percutida y sonrío.
Entonces, de su boca fresca,
salen tres dientes grises
y, con su gesto quieto que le abarca la cara,
mueve su cuerpo en un vaivén muy lento,
dibuja en lo negro del aire
la sombra de su propio desplazarse,
que parece constante
y permanece hasta unirse a sí mismo
y ser siempre la misma traslación
de la mujer sobre el banco,
como si fuese única,
arrastrada por un solo impulso,
hasta que logra dormirse,
y sin embargo el movimiento continúa
hasta hacerse chiquito y abrazarse a la falda.

Las nueve y cuarto,
la sombra quieta,
la mujer que duerme y casi no respira,
su cuerpo que late en la noche del invierno.

La caja en la góndola

a Juan Carlos Molina

Rectangular la caja, alargada la góndola.
La última caja sobre el borde de la góndola.

Se recomienda a los señores clientes no dejar carteras ni objetos de valor dentro de los changuitos.

Una mujer con guardapolvo,
su cuerpo quieto, movimiento en los brazos.
Mirada en tobogán, espalda casi curva.
Escobillón de madera y de cerda marrón.
El palo cilíndrico es de un metro y medio,
una mano en el extremo
y la otra que se adentra en diagonal a la baldosa.
Las mangas del guardapolvo se arrugan al ritmo
de la misma energía que impulsa a la cerda a lamer el piso.

- Ayer vi a Hugh Grant en lo Susana...

Un pibe de dos años tira una pelota y no vuelve a sus manos
entonces corre por el pasillo unos tres metros y se detiene.

La caja es de cartón celeste
pero de pronto surge una franja de rojo mezclada en azul
y la palabra **TERRABUSI** escrita en blanco.
Galletitas Express.

- Sí, en Hola Susana, a las ocho...

Un hombre viejo con bigote oscuro
le devuelve la pelota y sonríe.
El chico la vuelve a tirar y se aplaude.

Se recuerda a los señores clientes que está prohibido fumar dentro del maximercado.

La foto de un paquete en el centro de la caja,
y una galletita se recorta en primer plano,
meseta de harina cocinada
en transversal sobre la perspectiva de la foto.

- Lindo muchacho con esa sonrisa y Susana tan simpática...

Distraído, la roza con su brazo,
viste saco marrón con puntos negros y pantalón al tono.
Al ser rozada, cae
y el lado menor del rectángulo que es caja,
al dar contra el piso, explota.
Ciento ochenta migas y pasaron
cuatro pares de zapatos,

diez zapatillas y
un par de borcegués.

Se solicita personal de limpieza en el sector de almacén.

El cuerpo de la mujer de guardapolvo
se mueve ante el sonido de la voz de los parlantes,
en su mano derecha,
un recipiente de metal cilíndrico con bolsas de residuos
y cuatro ruedas.

En la izquierda, el escobillón.

El movimiento la lleva hacia la caja rota sobre el piso.

Junta las migas, levanta la caja

y, al levantarla, se ve el código de barras:

siete sobre blanco,

barra de negro fino,

barra de negro fino,

siete en barra de negro grueso,

barra de negro casi grueso,

barra de negro fino,

nueve sobre negro grueso,

barra de negro fino,

cuatro sobre el negro menos grueso,

barra de negro fino, de negro fino

y el número seis entre ellas.

Negro grueso y el cero,

Fino, fino, fino hasta un seis.

Espacio en blanco,

barra de negro fino, negro fino

y todo termina en blanco.

La caja cae en el recipiente cilíndrico con ruedas,
pedazos de celofán y muchas migas.

La mujer de guardapolvo se va, camina rápido,

pero son diez las migas que se quedan,

ciento cuarenta zapatos,

doscientas cuarenta zapatillas,

veinticuatro botas.

Y el piso continúa con su brillo permanente.

El hombre navega

El hombre navega
el ecuador de la mañana
sentado en el banco verde
de una plaza.

Sus manos caen
sobre la tela áspera
del pantalón.

Su cuerpo es un cuenco
de aire tibio
y hay nidos de sombras
en el gris oscuro
de su barba.

Y la luz se refleja
tan tenue en sus ojos
que el espacio se abre
y madura el silencio.

Los ojos de la anciana

Blanco,
y, en lo profundo, el iris
matizado en grises,
ábaco de años,
en cuentas de paciencia

Y la luz que cae
en sus colores tenues
madura a la distancia.
en la profundidad celeste del espacio,
y es tan sutil,
entonces,
la existencia
que la materia se deshace en las pupilas
y queda el viento
que corre
sobre el silencio de las formas.

Balcón y Silueta

La silueta se perfila frente a una ventana.
Ventana de la que escapan reflejos eléctricos.
Penumbra, lo iluminado del balcón.
Movimiento en la silueta,
chirrido en la ventana
y la ventana abierta,
silueta que escapa (escape ficticio).

Silueta oscura,
como si le hubiese avanzado la sombra,
su propia sombra.
Silueta en perfiles de cuerpo de hombre.
Silueta que parece acomodarse al barandal,
borde de vacío en picada hacia el patio.
Patio que se sabe rojo,
rojo desgastado,
siete pisos allá en lo profundo.

El color,
el color de las cosas es de un gris
entre plomizo y cielo,
frío y agua.
Claridad refleja de cemento.
Mes de agosto.
Las luces de las calles que se encienden a las seis y media.
El espacio es aire que se corta sobre otros balcones,
balcones gemelos,
balcones diferentes.
Balcones y terraza que crean la distancia
y en esa distancia está la cúpula.
La cúpula es verde y a lo lejos.
Está más atrás que los balcones y sus terrazas,
unos cientos de metros más atrás
y en línea recta.
Los balcones y la cúpula
parecerían materia en rechazo,
como choque,
aquello no querido que se superpone.
De los balcones cuelgan camisas, remeras,
alguna que otra toalla,
pantalones vaqueros,
movidos por el viento,
al igual que los cables
que forman una estrella
más adelante y a la izquierda,
un poco más cercanos a la silueta
que la cúpula misma.

Hacia abajo,
en mirada diagonal,

a sesenta metros de distancia,
una especie de patio
donde está esa jaula que quizás contenga un pájaro.
Es en ese patio donde parecería nacer la estrella de cables.
Uno de los cables toca el pequeño tapial donde nace el patio.
No todos los cables están a la misma altura o distancia,
sin embargo la estrella se forma
y todos los cables son negros.

Es en línea oblicua al patio,
tomando como referencia la estrella de cables,
no precisamente el centro de la estrella,
sino que del centro
corrido hacia la izquierda,
que se encuentra el ángel de metal
de un gris verdoso.

El ángel de metal
casi pierde el gris en la noche que nace.
Poco se recupera del ángel.
Las alas,
los laterales de sus alas,
que están en línea
con la cúpula detrás de los balcones.
En realidad, el ángel
parecería ser de la misma materia de la cúpula,
como si se formasen una unidad más vasta,
tapada por todas las paredes
y las ventanas,
con sus respectivas cortinas,
entre el ángel, la cúpula y la silueta.

Esos quizás trescientos y pico de metros de aire.
Y es en el aire que aparece de pronto,
precedido por sonidos,
el helicóptero,
se detiene un instante
por encima de la cabeza del ángel
y luego continúa.
El helicóptero que pasa por encima de la estrella de cables,
corta un pedazo del aire que flota en el patio,
los balcones, las terrazas,
y sigue,
sigue hasta pasar por encima del aire de la silueta,
por encima de la penumbra del balcón
donde se encuentra la silueta.

La silueta se mueve como llevada por un súbito frío,
vuelve hacia atrás, hacia la ventana
que continúa abierta,
y entra a la región de donde escapa la luz.
La ventana se cierra,
se corre una cortina.
Nada parece cambiar todo lo que existe,
salvo la lluvia que muy despacio

comienza a mojar al ángel quieto
y el grito de un animal urbano en lo remoto.

Medrano y Sarmiento

Cuerpos,
una mujer vestida con tapado negro,
un hombre de saco azul,
una chica con un polar rojo,
un pibe de alpargatas.

Las seis de la tarde
y el aire se llena de oscuros.

Alguien que mira su reloj
y el cordón es un espeso gris
que cae hacia la calle.

Una anciana con campera gruesa,
esa otra mujer de la bufanda larga,
el hombre alto con buzo marrón,
y el chico con su pulóver negro.

Pasan cuatro taxis,
dos autos muy rápido,
y la ambulancia aturde,
también las bocinas.

Un perfume dulzón
impregna todo lo que se respira,
justo en el instante en que se encienden
las luces de la calle,
y el blanco que escapa se choca con las sombras
y el celeste que aún perdura de la tarde,
formando una sustancia plomiza
hecha de aire, luz y noche
que flota en el espacio
mientras los cuerpos se amontonan:
el hombre con rulos,
la piba con perro,
el otro que fuma.
Todos, unos junto a otros,
en ese preciso vértice de la cuadra.
Nadie se mira.
Mueven un poco sus torsos
y una camioneta blanca
pasa demasiado cerca de la vereda,
después,
un auto negro y otro plateado
hasta que ya no pasan autos.

Están parados a unos treinta metros
en línea diagonal sobre la bocacalle,
entonces,
una de las mujeres atraviesa el límite,

toca el asfalto,
la sigue otro cuerpo,
y de uno en uno los demás
hasta que no queda nadie.

Sólo un aire sucio flota sobre la esquina
y a cada instante se vuelve más
noche urbana.

En una plaza de cemento

En una plaza de cemento
 en el vértice
de dos diagonales que se cortan
un perro ladra a la sombra del verano
 y su ladrido se extiende
 como un trapo roto en el calor
hasta morir en la pared descascarada
del edificio viejo,
que es la misma pared
que recorta la sombra
a la que el perro ladra.

16 de junio. Plaza Almagro

Un hombre duerme sobre el estómago de la noche.
El rocío es filoso
y las sombras pasan por debajo de los árboles.

El cuerpo se aplasta encima del colchón.
Muy cerca, un perro negro está quieto.

Grises, el asfalto y el aire.
El silencio es un bullicio rumiante.

La boca del hombre se abre entre la barba sucia
y respira.

El iris, bajo los párpados,
se mueve.
El hombre está soñando.

La tela azul

La tela azul es un rectángulo
con restos desflecados,
donde las arrugas juegan
semirrectas con las sombras.

La tela, sobre el pasto,
en la diagonal de la tarde,
clavada en el vértice del frío,
donde se concentra,
quieto,
todo el viento de julio.

En el centro de la tela azul
descansa el candelabro roto.

Hecho de metal apócrifo,
similar al color de la plata,
opacado por el tiempo,
abollado por los golpes.
Pequeñas pintas de óxido
y gotas de vela en blanco.

Al candelabro le falta
uno de sus cuatro brazos,
y está colocado
sobre la tela
de tal forma
que el brazo que falta
mira hacia los árboles
como buscando que la ausencia
se diluya en el espacio.
Más allá del candelabro
está el reloj despertador
redondo y de latón celeste,
con dos patas en gris
y en la parte superior
el botón blanco.

El reloj está parado a las tres
con un fondo envejecido de amarillo
y números gruesos en negro.

El vidrio del reloj brilla
en un ángulo agudo
pero tenue
con el sol.

Sobre la tela,
además del candelabro y el reloj,
está la colección de autitos

de color negro, celeste, gris, azul...
Los autitos percutidos
en los pequeños intersticios
de un polvo imposible.
Autos de plástico,
algunos han perdido los detalles,
un farol, una puerta.
Está el otro, un poco ladeado,
aquél, al que se le ha achatado el techo.
Todos detenidos
en una recta
sobre la tela azul.

También sobre la tela,
las cucharas, los tenedores, los cuchillos,
y esos platos con dibujos chinos
de un parque
donde dos pájaros se aman,
un barquito navega,
cuatro hombres caminan sobre un puente
y hay edificios
en arabescos orientales
rodeados de agua y de jardines.
Platos desgastados,
líneas que cruzan la loza
y los bordes que están rotos.

Son doce platos sobre la tela.
Y los libros, a un costado,
en uno de los ángulos,
son diez:
cuatro novelas marrones
con tapas blanquecinas,
un libro de arte,
de esos que se coleccionan por fascículo,
tres tomos de un diccionario,
un atlas de geografía.

Y a unos tres centímetros
de todos los libros
están los dos vaqueros
perfectamente doblados
junto a la camisa blanca,
a la que le falta
el botón del cuello,
y los zapatos
un poco curvados.

Hay poco espacio sobre la tela
que se encuentra
a unos treinta metros
del centro de la plaza.
Y la gente que camina
y que no se detiene.

El hombre flaco espera
parado bajo la claridad,
como si buscara calor,
mientras mira los objetos
en la intemperie de la tela.
Sus ojos,
en la medida del tiempo,
se van volviendo penumbra
hasta perderse en los oscuros
de las seis de la tarde,
cuando la noche abre
su vientre al invierno.

Diez y media de la noche

Diez y media de la noche sobre Bulnes,
un poco al este de la calle Corrientes,
antes de llegar a Díaz Vélez.

Cerca de los cordones,
postes metálicos pintados de verde,
con cascarones de papel
pegados sobre papel
y leves toques de óxido,
se extienden sobre la altura
por encima de la copa de los árboles
hasta faroles ovalados
que escupen una luz blanca
y mortecina.

La luz,
se derrama entre las hojas
para llegar confundida con verdes oscuros
al piso,
donde construye un corredor de claroscuros
entre asfalto y sombra.

En el centro,
el camión,
de trompa blanca,
y más atrás,
en esa jaula hecha de madera negra de humedad,
la carga de bolsas enormes de gris percutido
y carros viejos con ruedas oscuras.
Por encima de las bolsas,
las figuras flacas, largas,
sobre el penetrante azul como de vino
mezclado con la luna.

Gritan
con sus manos sueltas
en equilibrio a la distancia
sobre la que el camión se pierde en línea recta
hacia el horizonte de las otras esquinas.

Y en la brisa leve
solamente voces.

Primero de enero

En la tarde el muchacho tiene unos 10 años
y atraviesa lento ese espacio impreciso
donde la calle Mitre es curva,
entre Medrano y Salguero.
Mira hacia abajo,
hacia la vereda percutida.
El calor se aplasta
hasta romperse en un vaho
que flota en el espacio
y hace transpirar a las personas,
a las cosas,
esa humedad pegajosa de enero.

El chico es morocho
y se para en el semáforo
hasta que pasan tres únicos autos
que andan muy despacio.
Después, cruza la calle
y avanza 30 metros,
siempre con la cabeza gacha.

Camina hasta encontrarse con el pedazo de pan,
que es tosco entre las baldosas grises.
La zapatilla de lona de color oscuro
se detiene a un centímetro del pan
en línea recta con la cabeza del chico.

En ese instante,
el negro del iris de su ojo palpita.
Él está quieto, rígido,
hasta que el cuerpo se agazapa sobre sí mismo,
doblándose en un trazo tan cerrado
que llega el vaquero percutido
a rozar la remera medio rota.
Y las manos agarran el pan, aprietan fuerte.
El cuerpo rebota en su propio impulso
hasta convertirse en una recta tensa,
y en las manos, muy cerca de la cara,
el pan.

Todo el pibe es una figura inmóvil,
salvo los rasgos laterales del rostro,
que caen hacia el maxilar,
donde adquieren una violencia dura
en la agilidad del movimiento.

La mano y el diente despedazan la materia.
Mastica rápido y traga
para volver a morder, masticar y tragar,
en una desesperación salvaje

que no dura en el tiempo más que el pedazo de pan.

Cuatro migas sobre la remera
y el muchacho que se va
con un paso imperturbable
por la calle Mitre, en dirección al Once.
Y su cabeza que siempre mira al piso.

En Moreno, una bala

En Moreno,
una bala
en aguda línea vertical
estalló en la cabeza de un hombre.

Las esquirlas
le arrancaron el ojo derecho
hacia una trayectoria de penumbras
hasta impactar en la pared
y deshacerse sobre el golpe.

La materia del ojo,
al derramarse,
empapó las imperfecciones grises del cemento.

Y el viento fue una lengua seca
entre el color opaco en la pared,
el blanco mezclado con sangre
y el iris oscuro.

En las escaleras del subte

Un hombre sentado en las escaleras del subte,
pasadizos con luz de neón entre la Línea A y la Línea C.
El hombre,
con ese percutido cuello polar de color negro,
como si fuese un gorro sobre su cabeza.
Paredes de azulejo celeste
y el hombre con su saco peludo de lana.
Las baldosas
de un color lavado en los bordes del gris
y el hombre
con su barba crecida de canas.

Sobre el techo,
descascarando la pintura blanca, la humedad
y en las manos oscuras del hombre una vara de caña
se mueve por el aire en una curva
que estalla sobre el filo del décimo escalón.

El hombre acurrucado no mira.
Sombras densas a la altura de su estómago.
Todo el cuerpo está quieto y concentrado.
Sólo se mueve el brazo izquierdo,
único punto de la fuerza
que golpea y golpea
la caña contra el escalón.
Y su mano derecha
es un cuenco vacío
a la altura de los ojos
que están en diagonal al suelo.

La caña hueca suena
en el cóncavo espacio de la galería
para morir en el eco de su propio ritmo.

Una esquina en la noche de julio

Una esquina en la noche de julio,
el oscuro gris del cordón
y el muchacho que revuelve la basura.
La luz en lo negro del frío
y el intenso espesor de las sombras
adentrándose en la vereda
hasta los zócalos y las paredes.

El cuerpo del chico, doblado,
y lo gélido del viento
que atraviesa el espacio
entre el torso y las piernas.

La mano en la penumbra de aire de la bolsa,
cinco dedos que raspan la entraña,
palpan la materia.
Y el brazo es una línea que vibra
en la intensidad del movimiento,
que se detiene
sobre ese objeto duro,
un pedazo de plástico con forma de camión,
entre cartones, trapos y restos de comida.

El chico mueve su cuerpo,
extiende el brazo y mira.
Sus párpados se abren,
las líneas de la cara se le alargan.
Se queda quieto por treinta segundos.
Es una quietud muy dura.
El brazo en ángulo obtuso,
la cara en línea recta al camioncito,
los dedos apretados...
Pero los segundos pasan
y el muchacho arroja con toda su fuerza
el pedazo de plástico
para que se pierda entre los objetos de su carro.
Su cuerpo vuelve a recostarse contra la basura
y el viento sopla invierno sobre la esquina.

El animal se detiene

El animal se detiene bajo la luz
cuatro cascos quietos sobre el gris.

La línea extensa de su cuerpo
marcada por los huesos,
y aún así el cuero es duro, el músculo es ágil.
El animal está hecho
en la medida de la distancia y se resigna.

Su hocico largo y fino de la pampa
cae hacia el cemento.
Su boca, de dientes gigantes, se abre,
y mastica una gota de viento del sur.
Una sogá percutida de polvo
lo une al carro y a la figura.

La figura sobre el carro es de piel marrón,
de líneas largas y carne flaca,
tan parecida al animal.
Por la silueta curva de la esquina
los cuerpos pasan en la abundancia del sonido.

El tiempo transcurre, el animal mueve sus patas
en línea recta sobre su propia posición,
la figura también se mueve en el pescante
pero la espera termina
y ambos regresan al verdadero movimiento,
despacio, guardándose la ansiedad en las entrañas.
El animal, el carro y la figura
cruzan la bocacalle
cargando el tesoro de la basura de los otros.
Sobre la avenida, el claro ruido de los cascos.
En la esquina la noche, el viento y el frío.

Quebrado azul

a Alejandro Mendez Casariego

En el falo mayor de Buenos Aires
se quiebra el azul en arcoiris grises
que tocan a un hombre del insomnio
a la altura del asfalto sucio,
allí,
donde la sombra carga su soledad
como una astilla de carozo
condenado en el centro
de su propia existencia,
y el color se vuelve plomo, herida,
y el viento arrastra
esa humedad de barro.
Figura trasnochada
junto a mendigos que duermen
y el sol que amanece en gorriones de polvo,
silueta de edificios.
Quebrado azul
y la calle ancha
camina hacia el lejano puente
que atraviesa el Riachuelo,
en el límite último de las fábricas secas
donde viven las ratas
y el silencio es un chirrido de óxido
en el hierro de la máquina quieta.
Y el azul quebrado
penetra en los ojos del alma
donde reside la memoria de los muertos
con sus huesos como flores de luto
con su polen de miedo.
Y en la última esquina
el azul se quiebra en rojos
hacia el tórax,
metal en la entraña.
Asesinos con quince pesos en la mano.
Quebrado azul,
y más allá,
sobre la línea del sur y del oeste,
hacia el agua cae la calle,
el cuerpo endurecido de golpes de la noche,
hacia el negro del río.
En la costa gritan eriales cancerberos.
Azul,
azul quebrado,
y el cuerpo flota
hasta ahogarse en la basura
y dejarse arrastrar por los desechos
Azul,
Azul quebrado, Buenos Aires,
justo en la médula

que trama el abandono
su exquisito desconsuelo,
donde te mirás la tristeza
con tus piernas abiertas
y tu húmedo pubis de borrasca infinita,
puta ciudad de la agonía.
Azul,
quebrado azul.

Índice

- 22 de junio, p. 2
- En Plaza Almagro, p. 3
- En el suelo, p. 4
- Solsticio de invierno en Buenos Aires p. 5
- Parque Centenario, p. 6
- Un torrente de luz, p. 7
- El significado de un durazno, p. 8
- El espacio y el puño, p. 9
- La preciada rosa, p. 10
- Los pájaros de la noche, p. 11
- La lata de cerveza, p. 12
- La pulpa de un pomelo, p. 13
- Dejó caer el agua p. 14
- El misterio consiste, p. 15
- Eclipse de tierra, p. 16
- Rociada de anís, p. 17
- Dos soledades, p. 18
- El anciano guarda, p. 19
- Ha decidido, p. 20
- Un hombre, p. 21
- Con una cuchara, p. 22
- En sus ojos, p. 23
- El hombre, p. 24
- Una mujer p. 25
- El silencio me persigue, p. 26
- Amanece, p. 27
- El celeste, la distancia y el gallo p. 28
- Los ojos de la vaca, p. 29
- Sabe el animal, p. 30
- Las vacas, p. 31
- La gata negra del monte, p. 32
- Pueblos sembrados, p. 33
- Un viaje en tren, un libro de Cortázar, p. 34
- Plaza Almagro 9 de la noche, p. 36
- La caja en la góndola, p.37
- Un hombre navega, p. 39
- Los ojos de la anciana, p. 40
- Balcón y silueta p. 41
- Medrano y Sarmiento, p. 44
- En una plaza de cemento. p. 46
- 16 de junio plaza Almagro, p. 47
- La tela azul, p. 48
- Diez y media de la noche, p. 51
- Primero de enero, p. 52
- En Moreno una bala, p. 54
- En las escaleras del subte. p. 55
- Una esquina en la noche de julio, p. 58
- El animal se detiene, p. 57
- Quebrado azul p. 58

Editado en 2004 por Ediciones Patagonia (de Roberto Goijman)
ISBN 987-214662-2-5
E-MAIL Gerardodavidcuria@yahoo.com.ar